

CAPITULO 5
¿ES USTED ESPIRITUAL
PERO NO RELIGIOSO?

¿Por qué la religión
es una fuerza tan compleja,
confusa y polarizante?

¿Cómo puede algo que nos habla
del amor y de la vida ser causa
de tanta muerte y destrucción?

De poco sirven, en este sentido, las palabras, porque éste es, tanto a nivel personal como global, el aspecto más serio al que nos enfrentamos. El enfoque integral es conocido por “dar sentido a todo”. ¿Podrá también dar sentido a esto? Definitivamente sí, pero debo advertirles, desde este mismo momento, que éste es un punto bastante engañoso, porque lo que las personas llaman “espiritualidad” tiene, al menos, cinco significados muy diferentes ligados a los cuadrantes, los niveles, los estados, las líneas y los tipos. Pero si usted asume una visión que tenga todo eso en cuenta -es decir, si asume una visión OCON- habrá en él lugar para casi todas las visiones y todo empezará entonces a cobrar sentido. En caso contrario, el tema de la espiritualidad carecerá de todo sentido, pero si une adecuadamente las piezas, empezará a advertir el sentido de todo. Veamos.

[OLAS IRISADAS Y CORRIENTES TREMOLOSAS](#)

Volvamos ahora al cuadrante superior-izquierdo, es decir, a la dimensión individual-interior y prestemos una atención más detenida al fascinante fenómeno de las inteligencias múltiples o líneas de desarrollo. Ya hemos señalado la existencia, en cada uno de nosotros, de no menos de una docena de grandes líneas de desarrollo, entre las cuales cabe destacar la de las necesidades, la de los valores, la de la cognición, la de la moral y la del yo, que han sido investigadas por muchos desarrollistas. La Figura 14 (véase pliego central) es un psicógrafo integral que resume los resultados de unos pocos de los más conocidos y respetados investigadores que se han ocupado de este tema.

Comencemos señalando que los niveles de conciencia están representados con los colores del arco iris, una práctica muy habitual en las tradiciones de sabiduría que nos permite hablar de los niveles de un modo muy general y, por qué no, también muy colorido. En este sentido, el arco iris representa sencillamente la **altitud**, es decir, el grado de desarrollo (o el grado de conciencia y complejidad) de una determinada línea. Este tipo de notación nos permite también comparar fácilmente los diferentes niveles de distintas líneas de desarrollo y ver si se encuentran en la misma altitud. Ésta es una de las cosas que, a modo de ejemplo, nos permite hacer la Figura 14. (El lector no debe preocuparse por algunos de los colores intermedios, como el ámbar o esmeralda, que sólo hemos incluido para adaptarlo a alguno de los modelos que emplean colores. La idea básica consiste simplemente en utilizar el arco iris para representar un espectro de conciencia...)

Junto al arco iris se halla la conocida línea evolutiva de la jerarquía de las necesidades de Maslow que significa...

Pero quizás deberíamos hacer aquí una corta digresión con el fin de aclarar el gran error que rodea al término “jerarquía” que, para muchas personas, ha acabado convirtiéndose (casi -por razones, por otra parte, bastante comprensible- en una palabrota. Convendría, pues, señalar, en este sentido, la existencia de dos tipos muy diferentes de jerarquías a las que los investigadores suelen denominar *jerarquías de opresión* (o jerarquías de dominio) y *jerarquías de crecimiento* (o jerarquías de actualización). Una *jerarquía de dominio* es un sistema ordenado que domina, explota y reprime a la gente y cuyo ejemplo más notorio nos lo proporcionan los sistemas de castas (tanto orientales como occidentales). Cualquier jerarquía, pues, que obstaculice el desarrollo individual o colectivo se convierte en una jerarquía de dominio.

Las *jerarquías de actualización*, por su parte, se atienen al significado real de desarrollo. Por eso, lejos de impedir el desarrollo, lo fomentan. Las jerarquías de desarrollo o crecimiento van, en el caso del ser humano,

desde lo egocéntrico hasta lo etnocéntrico, lo mundicéntrico y lo kosmocéntrico.* En el mundo natural, las jerarquías de desarrollo son evidentes por doquier y la más común de ellas es la que va desde los átomos hasta las moléculas, las células y los organismos. Las jerarquías de desarrollo son siempre jerarquías anidadas, lo que significa que cada nivel superior trasciende, al tiempo que incluye, a sus predecesores. En este sentido, por ejemplo, los organismos trascienden e incluyen a las células que, a su vez, trascienden e incluyen a los átomos que, a su vez, trascienden e incluyen a los quarks, etcétera. En una jerarquía de desarrollo, dicho de otro modo, los niveles superiores no oprimen a los inferiores, sino que los abrazan, los incluyen y los envuelven. Cada nivel de una jerarquía de desarrollo está, en realidad, ordenado en una supra-arquía que implica un aumento en su capacidad de cuidado, conciencia, cognición, moral, etcétera. El crecimiento es un desarrollo y, simultáneamente, un despliegue que va desde lo egocéntrico hasta lo etnocéntrico, lo mundicéntrico y lo kosmocéntrico. Todas las jerarquías que presentamos en la Figura 14 [véase el pliego central] son jerarquías de desarrollo de las distintas corrientes que fluyen a través de olas cada vez más inclusivas.

Las jerarquías de dominio, en suma, generan opresión, mientras que las jerarquías de desarrollo acaban con ella. (¿Advierte el lector el desastre podría suponer la condena de todo tipo de jerarquía?)

Volvamos ahora a la jerarquía de necesidades de Maslow (representada en la Figura 15 [véase el pliego central]). La meticulosa investigación realizada por Maslow mostró que los individuos tienden a desarrollarse a través de una secuencia creciente de necesidades. En la medida en que un nivel inferior se ve satisfecho, tiende a emerger una necesidad superior. Las más sencillas de todas ellas son las *necesidades fisiológicas*, es decir, las necesidades biológicas básicas de alimento y cobijo. Cuando éstas se ven satisfechas, empieza a emerger una sensación de identidad individual con sus correspondientes *necesidades de seguridad y autoprotección*. Cuando éstas se ven satisfechas, al individuo ya no le basta con la seguridad, sino

* *Kosmocéntrico* significa orientado hacia el tercer grado. Se trata de un término derivado de la palabra griega *kosmos* y que se refiere al universo *total* compuesto por la materia, el cuerpo, la mente y el espíritu (y no sólo al nivel material inferior al que lamentablemente suele reducirse el término “cosmos”).

que necesita satisfacer también sus *necesidades de pertenencia*. Cuando la necesidad de pertenencia está asegurada, el individuo tiende a verse motivado por la nueva necesidad emergente de *autoestima*. Y cuando ésta necesidad se ve satisfecha, empiezan a emerger necesidades todavía más

elevadas, a las que Maslow se refiere como *necesidades de autorrealización*. Y cuando, por último, éstas se ven también satisfechas, el individuo tiende a verse motivado por las *necesidades de autotrascendencia*, es decir, por necesidades que no sólo tratan de satisfacer al yo, sino que se expanden todavía más allá hasta dimensiones más elevadas, más profundas y más amplia de respeto y conciencia, algunas de las cuales asumen un aspecto decididamente transpersonal o espiritual.

Es muy probable que la más famosa de las secuencias del desarrollo sea la de Jean Gebser, que va desde el estadio **arcaico**, hasta el **mágico**, el **mítico**, el **racional**, el **pluralista** y el **integral**. Y lo más importante de los estadios de Gebser es que significan exactamente lo que parece (aunque deba señalar que, por motivos prácticos, he subdividido en dos su estadio más elevado). Y como dijo el mismo Gebser, el “estadio integral” es, de hecho, el umbral de los estadios superiores (o “supraintegrales” y transpersonales”).

Esto es algo evidente si nos centramos en la corriente evolutiva de la **cognición**, es decir, la capacidad de darse cuenta y asumir perspectivas. La línea cognitiva que presentamos en la Figura 14 combina las importantes investigaciones llevadas a cabo por Michael Commons y Francis Richards con las de Jean Piaget y Sri Aurobindo, que indican que la cognición se despliega desde la **mente sensorial** hasta la **mente concreta**, la **mente formal**, la **mente superior**, la **mente iluminada**, la **mente intuitiva**, la **sobremente** y la **supermente**. Adviértase una vez más que los estadios superiores tienen un aspecto manifiestamente transpersonal y espiritual.

Echemos ahora un vistazo a lo que Clare Graves denominó **sistema de valor** y que se popularizó en el modelo de la Dinámica Espiral (creado por Don Beck y Christopher Cowan). En el estadio *mágico-animístico*, los valores son ciertamente “mágicos” y “animísticos” y el mundo se vé mágicamente gobernado por fuerzas elementales. En el estadio *egocéntrico*, las necesidades e impulsos de poder pasan a primer plano y los valores se centran en el “yo” y en “mi poder”. Con los *valores absolutistas*, los valores avanzan desde el “yo” hasta el “nosotros” o dicho de otro modo, avanzan desde lo egocéntrico hasta lo etnocéntrico y se cree que se derivan de una fuente eterna que se supone absoluta y válida para todo el mundo (ya sea la Biblia, el Corán o el pequeño Libro Rojo de Mao) y cuya violación desencadena una reprobación temporal y posiblemente la condenación eterna. Este nivel es conocido como “mitico-pertenencia” porque si uno no cree en los mitos etnocéntricos, es muy posible que se encuentre con problemas.

A medida que el desarrollo avanza desde el estadio mítico-conformista hasta el siguiente estadio, los valores cambian correlativamente desde lo etnocéntrico hasta el inicio de mundicéntrico, un cambio que Graves caracteriza como el cambio desde absolutista hasta *múltiple*, lo que significa que ya no sólo hay un modo correcto de ver la realidad, sino muchos. Éste es el cambio que conduce desde los **valores tradicionales** hasta los **valores modernos**. Esta diferenciación continúa en el siguiente estadio al que Graves denomina *relativista*, porque en él no sólo hay una multitud de creencias diferentes, sino que todas ellas son relativas, lo que alienta una visión del mundo típicamente *postmoderna y pluralista*. Esta visión es, de hecho, tan pluralista que suele acabar fragmentada, alienada y sumida en el nihilismo, la ironía y el absurdo (¿no les suena todo esto?). Sólo en el siguiente estadio, el estadio *sistémico*, puede empezar a aflorar una visión integrada y coherente del mundo que inaugura lo que cierto sociólogo denominó la **era integral**. Según Clare Graves, este avance conduce desde los valores de primer grado (que se caracterizan por la parcialidad) hasta los valores de segundo grado (que se caracterizan por su naturaleza integrada).

Clare Graves fue uno de los primeros investigadores en señalar la gran diferencia que existe entre las modalidades propias del **primero** y el **segundo grado** de desarrollo. ¿Y cuál creen que es esa extraordinaria diferencia? Todos los estadios de primer grado creen firmemente que sus valores son los únicos verdaderos y que los demás, en consecuencia, están profundamente equivocados. Pero el acceso a la conciencia de segundo grado -inicio de los niveles realmente integrales- permite advertir que los demás valores y estadios son, a su manera, correctos o, dicho de otro modo, apropiados a su nivel. En este sentido, la conciencia de segundo grado deja al resto de los valores el suficiente espacio como para empezar a aunar fuerzas e integrarse en un tapiz de respeto e inclusividad cada vez mayor.

Éste es, en cierto modo, el mismo descubrimiento que realizó anteriormente Abe Maslow en el salto que conduce desde las **necesidades de deficiencia** (falta o carencia) hasta las **necesidades de ser** (autorrealización y trascendencia) porque, de hecho, Graves estaba tratando de dar sentido a este descubrimiento de Maslow. El salto evolutivo que conduce desde la conciencia de primer grado hasta la conciencia de segundo grado, conduce desde la fragmentación y alineación hasta la totalidad e integración y desde el nihilismo y la ironía hasta el valor y el significado profundo.

Este movimiento integral prosigue en las olas de la conciencia de **tercer grado** (superpersonales y suprapersonales) a las que Jenny Wade, en su

versión extendida del sistema de Graves denomina *transpersonales y unitivas*.

Hablando en términos generales, los valores crecen y se desarrollan desde lo **tribal** hasta lo **tradicional**, lo **moderno**, lo **postmoderno**, lo **integral** y lo **supraintegral**, en un camino que prosigue hacia despliegues todavía superiores en un futuro evolutivo. Nuestra cultura se halla actualmente a un punto de dar el extraordinario salto hacia adelante que conduce -como, en breve veremos, desde lo postmoderno hasta lo integral.

El trabajo de Robert Kegan sobre los **órdenes de conciencia** probablemente sea uno de los más respetados, como también lo es la sofisticada investigación realizada por Jane Loevinger acerca de los **estadios de desarrollo del yo** representados en la Figura 14.

Susann Cook-Greuter, una de las principales discípulas y seguidoras de la obra de Loevinger, ha llevado a cabo una importante investigación sobre los niveles de desarrollo del yo más elevados, es decir, sobre los niveles superiores de tercer grado, que enumeramos en la Figura 14 (y digamos también de paso que Robert Kegan, Don Beck y Susann Cook-Greuter son miembros fundadores del Integral Institute). El lector no debe preocuparse si no entiende algunos de los términos presentados en esta figura, porque la información de que dispone bastará para entender lo que queremos decir.

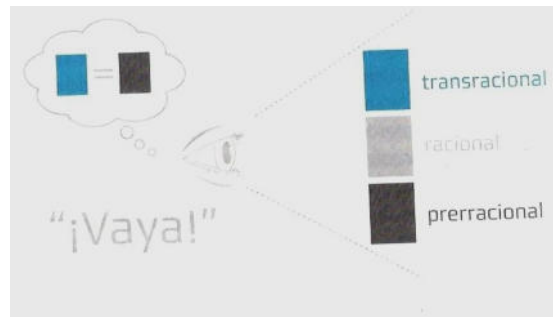
Si el lector presta atención a todas las corrientes presentadas en las Figuras 9 y 10, se dará cuenta de que hablando en términos generales, el primer grado de desarrollo implica el avance desde lo *prepersonal* hasta lo personal, de que el segundo grado supone el avance hasta lo personal *integrado* (y el comienzo de los estadios “integrales”) y de que el tercer grado implica el desarrollo *transpersonal* (y el inicio de los estadios “supraintegrales”).

En términos generales, pues, el desarrollo y la evolución van desde lo prepersonal hasta lo personal y, desde ahí, hasta lo transpersonal; desde lo subconsciente hasta lo consciente y desde ahí, hasta lo supraconsciente; desde lo prerracional hasta lo racional y, desde ahí, hasta lo transnacional; desde lo preconventional hasta lo convencional y, desde ahí hasta lo postconvencional o, por último, desde la conciencia de primer grado hasta la conciencia de segundo grado y, desde ahí, hasta la conciencia de tercer grado. Con el desarrollo de la conciencia transpersonal o de tercer grado, el yo empieza a expandirse más allá del reino de lo personal y se adentra en un dominio inmensamente espacioso, el dominio de la luminosidad resplandeciente y de las experiencias unitivas, todas las cuales tienen un

sabor genuinamente espiritual. A diferencia, sin embargo, de lo que sucedía en los niveles mágico y mítico, donde la espiritualidad se reducía a meras creencias y conceptos, en este caso se trata de niveles de experiencia directa y de conciencia inmediata.

LA FALACIA PRE/POST

Convendrá ahora que nos detengamos y señalemos que los investigadores han descubierto que los estadios *más elevados* del desarrollo cognitivo, moral y del yo asumen una tonalidad manifiestamente transpersonal o espiritual. Permítanme, pues, hablar de una “**espiritualidad de los niveles superiores**” y considerarla como uno de los significados más importantes del término “espiritual” (a la que también nos referiremos como espiritualidad **transnacional** o **transpersonal**).



Pero también debemos señalar el aspecto, tan extraño como fascinante, de que algunos de los estadios tranracionales y transpersonales se asemejan a algunos de los estadios prerracionales y prepersonales. Por eso, el hecho de que los estadios *preconvencionales* y los *postconvencionales* sean ambos no convencionales les lleva a ser confundidos y hasta equiparados por quienes no están adecuadamente entrenados. En tal caso, los estadios prerracionales se consideran transpersonales por el simple hecho de que ambos son no racionales; los estadios preegoicos se ven confundidos con los transegoicos porque ambos son no egoicos; los preverbales se ven confundidos con los transversales porque ambos son no verbales, etcétera.

Esta confusión es conocida como *falacia pre/post* (o *falacia pre/trans*). Y, una vez que ocurre, la gente tiende a incurrir en uno de los dos siguientes errores: reducir (como hizo Freud) las realidades transpersonales a bobadas infantiles prerracionales, o elevar (como hizo Jung) las imágenes y mitos prerracionales infantiles a la gloria transpersonal. No es de extrañar que el reduccionismo y el elevacionismo hayan contaminado, desde el mismo comienzo, toda discusión sobre la espiritualidad y que una de las primeras

cosas que deba hacer cualquier enfoque que aspire a ser auténticamente integral consiste en encontrar un camino para salir de ese atolladero.

UN DIOS MÍTICO PRERRACIONAL Y UN ESPÍRITU UNITIVO TRANSRACIONAL

Conviene reconocer que la investigación empírica y científica ha puesto de relieve la existencia de estadios de desarrollo que implican fantasías prerracionales, infantiles, preconventionales y narcisistas y de estadios ligados a una conciencia postconvencional, transnacional, consciente del ego, postautónoma y transpersonal. En el primer caso (es decir, en el nivel mágico-animístico y mítico-pertenencia), la realidad última se representa como un varón barbudo y de larga cabellera blanca sentado en su trono celestial, alguien que nació de una virgen y caminó las aguas, un anciano sabio de novecientos años, etcétera, mitos prerracionales que son tomados como la verdad literal concreta. En el segundo caso, sin embargo (es decir, en los estadios postconvencionales), la realidad última se representa como un fundamento no dual del ser, un estado de presencia atemporal o un estado de conciencia de unidad postracional (no prerracional ni antirracional). Y la diferencia entre ambas concepciones, que se hallan separadas por el advenimiento de la razón, es tan grande como la que existe entre la noche y el día.

Si tenemos en cuenta toda la investigación científica realizada sobre el desarrollo humano, parece que ese desarrollo discurre, al menos, por tres grandes arcos diferentes: prepersonal, personal y transpersonal; prerracional, racional y transracional, o subconsciente, consciente y supraconsciente. Cada uno de los estadios que componen esos tres grandes arcos prosigue hasta llegar a **trascender e incluir** a su(s) predecesor(es). Por eso decimos que el **desarrollo** de un nuevo nivel **engloba** a sus predecesores -en un despliegue simultáneamente envolvente- cuyo efecto acumulativo es, de hecho, integral (como lo es el que va desde los átomos hasta las moléculas, las células y los organismos). En el extraordinario despliegue envolvente de la evolución trascendente e inclusiva de la conciencia, nada se pierde, sino que todo se conserva.

No estamos hablando ahora de la existencia o inexistencia de un Espíritu o un Fundamento “real” del Ser. De lo único que hablamos es de la existencia de tres grandes arcos del desarrollo humano (o, dicho de un modo relativamente diferente, de tres grandes grados del desarrollo humano), una cuestión a la que han respondido **positivamente** todas las investigaciones empíricas que se han dedicado a estudiar con gran esmero

el espectro completo del desarrollo humano. Quienes se niegan, pues, a admitir la realidad de los estadios supraconsciente y transpersonales de la conciencia están negando simple y llanamente la evidencia científica y, francamente, no estamos obligados a tener más en cuenta sus opiniones que las de los sacerdotes que se negaron a mirar a través del telescopio de Galileo porque “ya sabían” lo que iban a ver.

¿Se le ocurre mejor manera, si avanzamos un paso más y nos preguntamos por la existencia de un Fundamento del Ser, de un Espíritu o de una Divinidad “real” que subyace a todos los fenómenos, que preguntarle a quienes han alcanzado los niveles superiores -los niveles transpersonales- de desarrollo? ¿Y qué cree que nos responden esas personas?

Comencemos señalando que cada uno de los tres grandes arcos tiene su idea sobre la realidad última. Ya hemos dicho que, en el primero, el arco que conduce hasta la razón, la realidad última es de naturaleza **mágica** y **mítica**. Aquí es, a decir verdad, donde se asienta cerca del 80% de los principios de las grandes tradiciones del mundo, desde la sintoísta hasta la cristiana, la islámica, la hebrea, la hindú, la budista y la taoísta... y también incluye gran parte de la magia de la “nueva era”.

Durante los estadios correspondientes al segundo arco, el arco de la persona y la razón, el desarrollo humano se adentra en una fase que no parece ser nada religiosa y que llega a tener incluso una apariencia antirreligiosa. Aquí es donde entra en escena la ciencia racional, aportando generosamente su contribución a la humanidad, reduciendo el sufrimiento y ampliando nuestra longevidad. No olvidemos que en lo que respecta al malestar, el hambre, la enfermedad y la mortalidad infantil, la ciencia racional ha aliviado más sufrimiento que todas las religiones míticas juntas. Y es que, por más que la ciencia pueda ser mal utilizada, sus logros positivos son sorprendentes e innegables.

Cuando parece que la religión y la espiritualidad son meros vestigios del pasado, entramos en el tercer gran arco; erigido sobre los logros de la conciencia racional, el desarrollo empieza a trascender e incluir a la razón en círculos de respeto y conciencia cada vez mayores. En este punto, la realidad última deja de ser vista en los términos antropomórficos (propios del primer arco) y racionales (propios del segundo) y empieza a ser contemplada en términos de Ser, Vacuidad, Conciencia y Talidad no dual, Esidad, una Claridad Luminosa inmensa, abierta y vacía, una Conciencia Testigo resplandeciente como el espejo, una Divinidad anterior a toda Trinidad, un Yo puro, infinito y trascendente, una Conciencia ilimitada, espaciosa, resplandeciente, incalificable y sin obstrucciones, un Presente o

Ahora atemporal, interminable y eterno, una Esidad o Talidad en todos y cada uno de los instantes que pese a trascender toda conceptualización, es tan sencilla y evidente como la persona que ahora mismo está leyendo esta página, el canto del petirrojo o el primer sorbo de te helado en un caluroso día de verano.

Ésta no es, en modo alguno, la religión de su padre ni de su madre ni, mucho menos, de sus abuelos. La inmensa mayoría de quienes alcanzan los estadios correspondientes al tercer arco o tercer orden afirman que la realidad es alguna versión del Fundamento infinito y eterno de Todo Ser. Pero esa realidad transpersonal se halla en el *otro extremo* del espectro del desarrollo humano ocupado por las concepciones mágicas y míticas propias del arco prepersonal y prerracional. Se trata, en suma, de dos realidades tan diferentes como la noche y el día, y ya es hora, en consecuencia, de dejar de confundirlas.

Pero los medios de comunicación, por tan sólo dar el ejemplo más patente, siguen confundiendo lo “pre” con lo “trans” y arrojando, de ese modo, sin contemplaciones, la espiritualidad no dual al cubo de la basura prepersonal. La única espiritualidad reconocida por los medios es la prerracional.

(Para empeorar todavía más las cosas, la prensa sólo reconoce dos tipos de religiosidad, la de los chiflados fundamentalistas y la de los chiflados de la Nueva Era. Pero ambos, por supuesto, son igualmente *prerracionales* y, mientras los primeros creen en los dogmas y mitos ámbar, los segundos creen en la magia magenta. Por esta razón, cualquier orientación transnacional, como la de la psicología transpersonal, acaba erróneamente confundidas con los chiflados de la Nueva Era que, por cierto, no se toman las cosas muy en serio. Por eso la prensa sólo reconoce como “espirituales” a George W. Bush y a Osama bin Laden... ¡y no sabe bien cuál de los dos es el más peligroso!)

El hecho es que los conservadores tienden a apoyar el primer arco y los liberales tienden a apoyar el segundo arco, pero ninguno de ellos es vagamente consciente del tercero. Por ello el tercer arco se ve completamente desdeñado o, como ya hemos visto, atrapado en una falacia pre/trans y confundido completamente con el primero.

Repetimos, el primer arco y el tercero son, en realidad, tan diferentes como la noche y el día, y la prensa, o cualquiera que sepa leer sin necesidad de mover los labios, debería reconocer la existencia de estos dos tipos diametralmente opuestos de “espiritualidad no racional”, la espiritualidad “pre” y la espiritualidad “trans”.

La expresión “espiritual, pero no religioso” suele aplicarse al tercer arco. Las personas que se describen de ese modo no se hallan permanentemente asentadas en las olas transpersonales superiores, sino que parecen estar intuyéndolas. Son personas que no tienen el menor interés en la religión mágica egocéntrica ni en la religión mítica etnocéntrica, sumidas ambas en dogmas, credos y creencias conceptuales, sino que quieren experimentar directamente y sin mediación alguna la espiritualidad resplandeciente transnacional, supramental y postconvencional que se encuentra más allá de las palabras y de los conceptos. Ésas personas son, de hecho, **espirituales pero no religiosas** y afirman ser directamente conscientes de una Talidad, llamémosla como la llamemos, no dual, vacía, abierta, infinita e incalificable.

NUEVA VISITA A LA FALACIA PRE/POST

Perdónenme la franqueza, pero me parece una auténtica putada que “Dios”, el “Espíritu” o la “Realidad Absoluta” acabe atrapa en una falacia pre/post. Las versiones prerracional y postracional de la espiritualidad parecen tan similares que el ojo que no está adecuadamente adiestrado, viendo que ambas no son “no racionales”, acaba incurriendo en una falacia pre/trans y equiparando, en consecuencia, dos dimensiones que se hallan en los polos opuestos del espectro del desarrollo de la conciencia. Y cuando la noche y el día se confunden, los estadios transracionales de la Conciencia no dual -que, cuando se presentan, se despliegan como Libertad, Plenitud y Liberación de la alineación, la fragmentación y el sufrimiento- acaban confundándose con los estadios prerracionales del Dios mítico que, a lo largo de la historia, han generado más sufrimiento causado por el hombre que cualquier otro factor. Entonces es cuando el camino de nuestra Liberación se confunde con la causa de nuestra miseria y, tratando de escapar del sufrimiento, nos alejamos cada vez más de nuestra posible salvación.

Pero esta confusión, en la que no sólo incurre la prensa, sino la totalidad de la cultura y hasta las mismas religiones, es un terrible error, al que el SOI puede poner fin, advirtiendo simplemente la existencia de los “niveles” del modelo OCON, reconociéndolos y luego utilizándolos.

Pero debemos ser muy sinceros, porque las investigaciones realizadas al respecto ponen claramente de manifiesto que cerca **del 70% de la población mundial se halla en los niveles etnocéntricos (o inferiores) de desarrollo**, es decir, en un nivel mítico, ámbar o conformista.* Dicho de

otro modo, la orientación espiritual del 70% de la población mundial se halla en un nivel fundamentalista (o incluso inferior). Cerca del 30% se halla en el segundo arco (naranja o turquesa) y menos del 1% ha llegado a estabilizar los estadios transpersonales. Sea como fuere, sin embargo, los estadios transpersonales están ahí, existen y son accesibles a quienquiera emprender una práctica transformadora como la Práctica Vital Integral (PVI). (Los lectores que estén interesados en la PVI pueden echar un vistazo al capítulo 6.)

Éste es pues, el primer significado del término "espiritualidad", los niveles más elevados (es decir, los niveles correspondientes al tercer grado) de cualquiera de las líneas. Veamos ahora lo que sucede con el caso de las líneas.

LA INTELIGENCIA ESPIRITUAL: LAS LÍNEAS

¿Así que menos del 1% de la población ha alcanzado de manera estable el tercer arco o grado del desarrollo?* ¡Glup! Son muy pocas, por tanto, veámoslo como lo veamos, las personas que, en este momento de la historia, han crecido y evolucionado hasta alcanzar los estadios u olas transpersonales de la conciencia.

Pero... ¿Significa esto que menos del 1% de la humanidad es realmente espiritual? ¿O significa acaso, por decir lo mismo desde una perspectiva ligeramente diferente, que para tener una conciencia realmente espiritual, tienes que haber alcanzado el nivel añil o superior? Porque las cosas no parecen ser del todo así.

* Quienes estén interesados en reconocer el nivel propio de la altitud ámbar pueden echar un vistazo a la Figura 14 que presentamos en las páginas del pliego central.

* El tercer arco y el tercer grado se refieren esencialmente a los mismos estadios, los estadios transpersonales. La diferencia que existe entre el segundo grado y el segundo arco es muy leve, porque aquél se refiere a los primeros niveles integrales (es decir, esmeralde y turquesa) mientras que éste es una expresión más amplia que se refiere a los niveles personales (aproximadamente, desde naranja hasta turquesa). En última instancia, sin embargo, no son más que dos formas diferentes de agrupar los mismos niveles evolutivos.

Y, de hecho, no lo son, porque lo cierto es que todavía no hemos completado nuestro estudio OCON. Tengamos en cuenta que debemos contemplar la espiritualidad desde la perspectiva de los cuadrantes, los niveles, las líneas, los estados y los tipos. Echemos, pues, un vistazo y

preguntémonos si existe una **línea espiritual** de desarrollo. ¿Existe acaso una **inteligencia espiritual**?

Por supuesto que sí. En una serie de revolucionarias investigaciones, James Fowler ha cartografiado los estadios básicos del desarrollo de la línea o corriente espiritual. De modo que también podemos preguntarnos en qué estadio u ola del desarrollo de esta importante corriente nos hallamos.

En la Figura 16 [véase pliego central] presentamos los estadios de desarrollo de la inteligencia espiritual de Fowler, y no creo que el lector se sorprenda al descubrir que se trata de una versión diferente de los niveles generales que van desde lo arcaico hasta lo mágico, lo mítico, lo racional, lo pluralístico, lo integral (y lo supraintegral). Se trata, dicho en otras palabras, de algunos de los nombres más comunes del arco iris o altitud de la conciencia y presentan naturalmente una gran similitud con los nombres concretos de los estadios de Fowler.

Los estadios de Fowler son:

0. preverbal, prediferenciado
1. proyectivo-mágico, dominado por la primera persona
2. mítico-literal, mitos e historias concretas
3. convencional, conformista, dominado por la segunda persona
4. individual-reflexivo, inicio de la tercera persona
5. conjuntivo, pluralista, dialéctico y sensible a la diversidad cultural
6. post convencional y comunidad universal
- (7. transpersonal o comunidad no dual)

Creo que el significado de todo esto resulta evidente e iremos definiendo los nuevos términos a medida que avancemos. La evidencia parece señalar, pues, que la espiritualidad no se limita a haber alcanzado los niveles más elevados de cualquiera de las líneas. La verdadera espiritualidad NO se halla limitada a los estados alterados o a las experiencias cumbre (a las que, en breve, volveremos), sino que crece y se desarrolla a través de cualquier *nivel* de conciencia, no sólo de los más elevados. Y ello significa, dicho en otras palabras, que no sólo existe una *espiritualidad de un nivel superior* (y, como veremos más adelante, de una *espiritualidad de estados alterados*), sino que existe una línea evolutiva del desarrollo espiritual, es decir, una **inteligencia espiritual**.

Esta línea, como la mayoría de las inteligencias múltiples, parece comenzar ya en los primeros estadios. Por eso, aunque uno se encuentre en el estadio

1 de la inteligencia espiritual, siempre existe una forma u otra de inteligencia o conciencia espiritual.

¿Cuál es el aspecto o dimensión de la espiritualidad al que se refiere la inteligencia espiritual? ¿Cuál es ese aspecto que asume esa espiritualidad?

Los diferentes investigadores han definido la espiritualidad de maneras diferentes, según las investigaciones que han realizado y los resultados que han obtenido. Pero quizás la definición más sencilla a este respecto sea la que nos dio Paul Tillich, según el cual lo “espiritual” tiene que ver con las **preocupaciones últimas** de la persona. Y aunque, al comienzo, la preocupación última sea dónde puede encontrar comida, nunca está muy alejada de este tipo de conciencia. El organismo humano parece haber desarrollado, como una de sus inteligencias múltiples heredadas, la capacidad de gestionar sus preocupaciones últimas.

Todo el mundo tiene, en lo que respecta a este aspecto o dimensión de la espiritualidad, algún tipo de religión. Si usted se halla en un nivel naranja de la línea espiritual -individual-reflexivo-, puede tener una versión formal y racional de las preocupaciones últimas, como cuando alguien dice “la religión de Spock es la lógica”, pero nadie carece de ella. En este sentido, son posibles:

- una espiritualidad arcaica (alimento/fetichismo sexual)
- una espiritualidad mágica (vudú, santería)
- una espiritualidad mítica (fundamentalismo, dios/diosa mítico-pertenencia)
- una espiritualidad racional (materialismo científico, logocentrismo)
- una espiritualidad pluralista (postmodernismo como respuesta a todo, pluralitis)
- una espiritualidad sistémica (ecología profunda, gaisofía)
- una espiritualidad integral y supraintegral (OCON)

etcétera. Recordemos que el contenido de cada nivel de la línea de las inteligencias múltiples varía considerablemente de persona a persona y de cultura a cultura.

El “nivel” no determina parcialmente el tipo concreto de preocupación última, sino tan sólo el grado de desarrollo, complejidad y conciencia de su preocupación última, sea cual sea, en ese nivel.

¿En qué nivel de Dios cree usted? ¿Cuál es la sustancia de su preocupación última, el alimento físico, el alimento emocional, el alimento mental o el alimento transpersonal? ¿Cuán elevado dicho en otras palabras, es su Dios?

En suma, *¿a qué Dios adora?*... porque lo cierto es que, definitivamente, existe algo...

ESTADOS Y ESTADIOS

Quizás podamos, en este punto, empezar a reconocer la utilidad del modelo OCON (o SOI) para dar sentido a la espiritualidad. Adviértase que los dos aspectos de la espiritualidad de los que, hasta ahora, hemos hablado -la espiritualidad como nivel más elevado y la espiritualidad como línea de desarrollo- parecen en ocasiones, casi contradictorias. Según la primera acepción, por ejemplo, los niños carecen de verdadera espiritualidad, mientras que, desde la perspectiva proporcionada por la versión de la espiritualidad como línea evolutiva, sí que tienen acceso a ella. (El lector no puede ni imaginarse las luchas académicas de poder que han girado en torno a este debate absolutamente estéril.)

Ya hemos visto, dicho de otro modo, que casi el 100% de las personas tienen una línea espiritual, pero que menos del 1% ha alcanzado ha alcanzado los niveles más elevados de esa o de cualquier otra línea. Y es que si por “espiritual” entendemos “los niveles más elevados de cualquier línea”, sólo los niveles más elevados de la línea espiritual serían auténticamente espirituales.

¿Entienden lo que quiero decir? La misma palabra “espiritual” es empleada en dos sentido absolutamente diferentes, y si no disponemos del modelo OCON (u otro modelo similar) que nos ayude a explicitar este punto, acabaremos completamente confundidos y perdidos.

Pero la confusión no ha hecho más que empezar porque, además de los niveles y las líneas, existen otras acepciones diferentes del término “espiritualidad”. Por un lado, existen estados de conciencia, **experiencias cumbres, estados alterados, experiencias religiosas y estados meditativos**, que parecen espirituales. Éste es de hecho, una de las acepciones más comunes del término “espiritualidad” y que, en consecuencia, ningún inventario de los fenómenos religiosos o espirituales debería soslayar.

Ya hemos visto que casi el 100% de las personas posee una inteligencia espiritual y que menos del 1% de ellas se halla en los niveles más elevados de esa línea ¿Pero qué sucede con el caso de los estados? ¿Con qué frecuencia se presentan? ¿Cuál fue la última ocasión en que experimentó algo parecido?

La investigación, dicho de otra manera, evidencia que, sea cual sea el nivel o estadio de desarrollo en el que uno se encuentre, puede tener profundas y auténticas experiencias religiosas, experiencias cumbre o estados alterados. En el capítulo 2 dijimos que: “La razón que explica las experiencias cumbre es que muchos de los grandes estados de conciencia (como el vinílico-ordinario, el sutil-onírico y el causal-sin forma) son posibilidades omnipresentes”. Como sucede con cualquier estado natural, ciertos estados religiosos o espirituales parecen ser omnipresentes o, al menos, parecen estar siempre disponibles.

¿Cuáles son algunos de los estados espirituales o experiencias cumbre típicas del estado vinílico? Uno de los más habituales es el de estar caminando por la naturaleza y tener la experiencia cumbre de ser uno con toda la naturaleza, un estado al que podríamos calificar como **misticismo natural**. ¿Cuál es el tipo de estado o experiencia espiritual propia del estado onírico? Podemos estar soñando en una gran nube de amor luminoso y resplandeciente y sentir que nos fundimos con ese amor infinito, al que bien podríamos denominar **misticismo teísta**. ¿Es posible tener también alguna experiencia espiritual del estado de sueño profundo sin forma? Parece que sí, porque algunas experiencias espirituales o religiosas se describen como vacías, sin forma y sin manifestar (como el Vacío, el Abismo, el Fundamento, Ayin, etcétera), lo que suele calificarse como **misticismo sin forma** (o que también podríamos llamar *misticismo causal*, como un modo de referirlo al estado causal o sin forma). Y, finalmente, hay experiencias muy comunes de *estados de flujo*, donde el individuo se siente uno con todo lo que aparece, un estado al que podemos llamar **misticismo no dual**.

El hecho es que, independientemente del estadio de desarrollo en que se encuentre, uno puede tener cualquiera de estas experiencias, por el simple hecho de que, en cada uno de los estadios, uno está despierto, sueña y sueña profundamente. Por es, desde la cota naranja de cualquiera de las líneas del desarrollo uno puede tener una experiencia cumbre ordinaria, sutil, causal o no dual.

Lo que los investigadores han descubierto en las últimas tres décadas sobre la relación que existe entre estados y estadios es muy sencillo pero no, por

ello, en mi opinión, menos interesante, a saber: la necesidad de interpretar cualquier *estado* de conciencia espiritual (meditativo o alterado) en función del *estadio* de conciencia en que se encuentre, es decir, en función de la *altitud* alcanzada por su desarrollo. (De hecho, obviamente, uno interpreta su experiencia según su propia matriz OCON, pero los niveles y los estadios constituyen componentes muy importantes de cualquier interpretación global.)

Utilicemos ahora, para ilustrar este punto, un simple esquema de siete niveles de *estadios de conciencia* (arcaico, mágico, mítico, racional, pluralista, integral y supraintegral) y cuatro tipos de *estados de conciencia* (ordinario, sutil, causal y no dual), lo que nos proporciona cuatro por siete, es decir, veintiocho, tipos de experiencias religiosas o espirituales diferentes, de las que ya hemos encontrado evidencia...

Esta rejilla o retícula de combinaciones estado/estadio se denomina **rejilla de Wilber-Combs**, debido a que ambos fuimos sus creadores (y tras varios meses de explicarle a Combs lo mal que sonaba la expresión “rejilla Combs-Wilber”). La Figura 17 [véase pliego central] nos da un ejemplo de la rejilla W-C.

Permítanme darles ahora un breve ejemplo del funcionamiento de esta rejilla. Supongamos que una persona tiene una experiencia cumbre en la que ve una nube blanca, resplandeciente y luminosa que, en ocasiones, parece ser de luz y, en otras, una sensación de fusión con esa luz en la que el sujeto experimenta un amor y una beatitud infinitos. Supongamos ahora que tal persona es protestante, en cuyo caso, el cuadrante inferior-izquierdo le predispondrá a interpretar y revestir esta experiencia con ropajes cristianos. ¿Qué es lo que esa persona vería?

Si la persona se halla en la altitud **roja**, podría verlo como un Jesús mágico que camina sobre las aguas, resucita a los muertos, convierte el agua en vino, multiplica los panes y los peces, etcétera. En **ámbar**, podría verlo como el legislador eterno, el portador de la salvación completa si uno cree en los mitos y en los dogmas y se atiene a los códigos, los mandamientos, y los pactos con el pueblo elegido de los que nos habla la Biblia, el único Libro verdadero. En **naranja**, podría ver a Jesús como un humanista universal, al tiempo que divino, que enseña el amor y la moral mundicéntricas y que no sólo nos aporta salvación en los cielos, sino también, en cierto modo, en esta Tierra y en esta vida. En **verde**, podría verlo como uno de los muchos e igualmente válidos maestros espirituales, a cuyos brazos nos entregamos, sabiendo que otros individuos y culturas pueden seguir otros caminos espirituales válidos porque todos ellos, en

última instancia, pueden ofrecernos la misma salvación y liberación. Si la persona se encuentra en **turquesa**, podría ver a Jesús como una manifestación de la misma conciencia crística a la que todo el mundo, incluidos usted y yo, tenemos acceso completo, en cuyo caso, Jesús se convierte en el emblema de una transformación de la conciencia que evidencia que cada persona forma parte de un amplio sistema de procesos dinámicos, fluidos y estrechamente interrelacionados en un amplio y resplandeciente abanico que nos incluye a todos. En **violeta** y en **ultravioleta**, la conciencia crística podría ser considerada como una representación del Yo trascendental, infinito y desinteresado, de la conciencia divina que está tanto en Jesús como en usted y en mí, una conciencia omniinclusiva de Luz, Amor, Vida que sobrevive a la corriente del tiempo y trasciende la muerte del ego encerrado en sí mismo y despojado de amor, revelando un destino que se encuentra más allá de la muerte, más allá del sufrimiento, más allá del espacio, más allá del tiempo, más allá de las lágrimas, más allá del terror y que se descubre precisamente aquí y ahora, en el único momento atemporal en que adviene toda realidad.

La experiencia de un estado alterado, dicho en otras palabras, debe ser parcialmente interpretada en función del estadio en el que uno se encuentre. Por ello decimos que hay un Cristo mágico, un Cristo mítico, un Cristo racional, un Cristo pluralista, un Cristo integral, un Cristo supraintegral, etcétera. Y aunque lo mismo suceda, por supuesto, en cualquier experiencia, resulta especialmente importante en el ámbito de las experiencias religiosas y espirituales. Así pues, una persona puede encontrarse en un estadio muy bajo del desarrollo, como rojo o ámbar, y tener una auténtica experiencia sutil o causal.

El fundamentalista o el evangélico recién convertido nos proporciona, en este sentido, un ejemplo muy común. Esa persona sabe que ha tenido una experiencia de Cristo (o de Alá, María o Brahman) y no hay nada que podamos decir que le convenza de lo contrario. Y eso es medio cierto, porque esa persona ha tenido la experiencia auténtica, real e inmediata de una realidad sutil. El problema aparece cuando interpreta ese estado a través de estadios egocéntricos o etnocéntricos, en cuyo caso Jesús acaba convirtiéndose en el único camino verdadero. Pero lo peor es que la experiencia de ese estado amoroso, real y auténtico acaba *reforzando* su etnocentrismo. Entonces es cuando concluye que sólo podrán encontrar la salvación quienes acepten a Jesús como su salvador personal, y su dios de amor y perdón acaba condenando a todos los demás al fuego eterno del infierno. ¿No les parece que toda esta paradoja empieza a cobrar cierto sentido? Así es, pero sólo lo tiene si utilizamos, para entenderlo, una rejilla como la de Wilber-Combs.

La existencia de los estados de conciencia nos permite entender por qué las personas pueden tener, aunque se hallen en niveles muy bajos de desarrollo, experiencias muy espirituales y auténticas algo, por otra parte, muy habitual. Aunque el porcentaje de la población que ha alcanzado los niveles superiores de desarrollo en cualquiera de las líneas (tercer grado) parece inferior al 1%, quienes afirma tener alguna especie de experiencia religiosa o espiritual supera, según ciertas encuestas, el 75%. Todos estos datos, aparentemente contradictorios, sólo cobran cierto sentido utilizando el SOI, en cuyo caso resulta evidente que el 1% tiene experiencias espirituales de los *estadios superiores*, mientras que el 75% tiene experiencias espirituales de *estados alterados*.

Obviamente, la situación ideal sería aquella en la que la persona se hallara en los estadios superiores de desarrollo y también experimentase un amplio abanico de estados significativos, como por ejemplo los estados meditativos. En la actualidad, algunos practicantes espirituales centran tan sólo su atención en los estados meditativos, desdeñando lamentablemente, en mi opinión, la importancia de los estadios. Combinar ambos sería, como veremos en el próximo capítulo, uno de los principales objetivos de una Práctica Vital Integral.

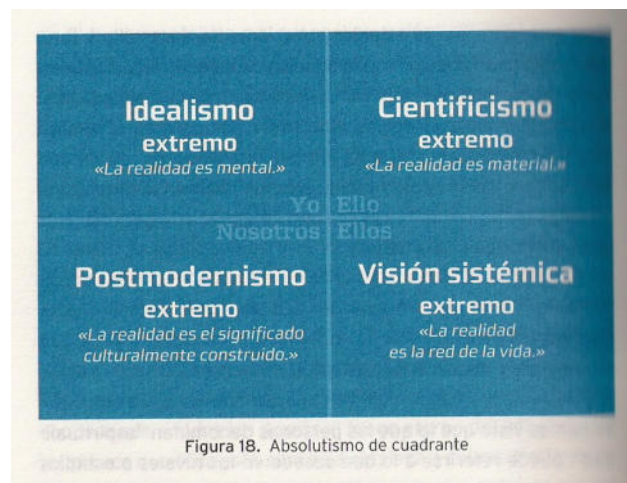
CUADRANTES: ¿DÓNDE ESTÁ LA REALIDAD ÚLTIMA

Ya hemos visto que lo que las personas denominan “espiritualidad”, puede referirse a lo que sucede en los niveles o estadios superiores de cualquiera de las líneas, a lo que sucede en una determinada línea del desarrollo o a los distintos estados no ordinarios de conciencia. Niveles, pues, líneas y estados. ¿Pero qué es lo que, en este sentido, nos enseña los cuadrantes y los tipos?

Esto es algo que podemos ver muy rápidamente, puesto que la idea básica es, a mi juicio, evidente. Los “tipos” son un aspecto o definición muy importante de la espiritualidad, porque muchas personas equiparan la “espiritualidad” a algún tipo de cualidad, como el amor, la amabilidad, la ecuanimidad, la sabiduría, etcétera.

Pero si echamos un vistazo más detenido, resulta evidente que, cada una de esas cualidades, atraviesa también un proceso de desarrollo. Esto es algo que ya hemos visto en el caso de Carol Gilligan y la cualidad del respeto y la compasión, por ejemplo, que avanza desde el egoísmo hasta el respeto, el

respeto universal y el integral. Cuando tenemos, pues, en cuenta los tipos, siempre acabamos refiriéndolos rápidamente a alguna de las definiciones anteriores relativas a los niveles y/o a las líneas. Bien podríamos decir, en este sentido, que la espiritualidad tiene que ver con el amor y que ser espiritual es ser amoroso. Pero el amor también se desarrolla desde el amor egocéntrico hasta el amor etnocéntrico, el amor mundicéntrico y el amor kosmocéntrico y sólo el más elevado de esos niveles sería realmente espiritual. Nadie considera, en este sentido, que el amor narcisista o egocéntrico sea especialmente espiritual. Quienes afirman, pues, que “todo lo que necesitas es amor”, no parecen entender su posición.



Los cuadrantes entran en escena cuando los distintos teóricos tratan de explicar cuál creen que es la configuración “realmente real” del mundo (Figura 18). ¿Cuál es su concepción de la Realidad Última? ¿No sólo, por tanto, en qué nivel, sino también en qué cuadrante se halla su dios?

Es la materia la realidad primordial o lo es acaso el espíritu y la conciencia? ¿Cree usted que todas las “superestructuras” de la religión pueden verse reducidas a las realidades “básicas” de la economía, o piensa acaso que el conocimiento no es más que una construcción social?

Si usted cree que la realidad última es la materia (es decir, que el único cuadrante real es el superior-derecho), las experiencias o creencias espirituales le parecerán una mera ilusión, un mero epifenómeno de ciertos estados cerebrales y de su correlato fisiológico. En tal caso, Dios no será, para usted, más que una especie de “amigo imaginario” de los adultos y considerará todas las creencias espirituales como meros fuegos artificiales que, en realidad, se producen en el cerebro material.

Si usted cree que la realidad última es el espíritu y la conciencia (cuadrante superior-izquierdo), se verá obligado a considerar todo lo contrario, es decir, que el mundo de las formas materiales es el reino caído de la ilusión y concluirá que, quienes crean en él, están perdidos en la ignorancia, el pecado, *maya* y el *samsara*.

Y si usted cree en la visión sistémica de la realidad (es decir, en el cuadrante inferior-derecho), considerará todas las creencias religiosas y espirituales como meras estructuras y funciones manifiestas que están determinadas por las únicas realidades “reales” del sistema social, el fundamento tecnoeconómico las redes interrelacionadas de procesos dinámicos, *ellos* y nada más que *ellos* a los que sólo podrá referirse en tercera persona.

Si, por último, sólo cree en la realidad del cuadrante inferior-izquierdo, considerará que los demás aspectos del conocimiento -incluyendo todas nuestras ideas sobre los sistemas, por no mencionar a Dios y el Espíritu- son meras *construcciones sociales*. En tal caso, la realidad no se asentará, para usted, en el “yo”, en el “ello” ni el “ellos”, sino tan sólo en el todopoderoso “nosotros” que literalmente crea toda la realidad.

¿Todavía no se ha aburrido de est tipo de **absolutismo de cuadrante**? Porque debo confesarle que yo sí lo estoy. Todos los cuadrantes son, para la visión OCON, equiprimordiales, lo que significa que ninguno de ellos es más real ni más básico que los demás y que todos tetraemergen y tetraevolucionan juntos. La Realidad Última, si es que existe tal cosa, se halla en su emergencia simultánea y en su resplandeciente despliegue, creándose y sosteniéndose mutuamente.

¿ES O NO REAL EL ESPÍRITU?

Preguntémonos ahora, después de toda esta investigación sobre los estados y estadios superiores de conciencia, si existe o no un Espíritu real, una Divinidad real o un Fundamento real de Todo Ser.

Repetiré aquí que si queremos responder a esta cuestión última, deberemos tener en cuenta todas las respuestas que, hasta el momento, han dado quienes se encuentran en los estadios más elevados de desarrollo. ¿No les parece ésa una actitud adecuada? Pero, con ello, no quiero sugerir que tengamos que creernos todo lo que nos dicen, sino tan sólo ver si, en este sentido, nos proporcionan alguna respuesta interesante.

Porque eso es, precisamente, lo que ocurre. Como ya hemos sugerido, el Fundamento Último del Ser no se presenta entonces en términos mágicos, en términos míticos, ni es visto como algo ajeno a este mundo y que lo trasciende, sino, muy al contrario, como la Esidad, la Talidad o incluso la Vacuidad de todo lo que emerge (y donde la “Vacuidad” se refiere a la apertura o transparencia incalificable de todos y cada uno de los instantes) y que, en ocasiones, se describe en términos que implican una inteligencia última, un Despertar presente o una Conciencia infinita. No estamos hablando, pues, en tal caso, de una inteligencia mítica y dualista que diseñe deliberadamente las cosas como el relojero sus relojes, sino de una inteligencia que conoce las cosas *siéndolas* y poniéndolas, simultáneamente, de manifiesto. Es el Yo de todo lo que existe de modo que, en la presencia no dual, conocimiento y ser son uno y sujeto y objeto son uno. Si lo describimos como sujeto, se trata de un sujeto libre de objetos que ninguna descripción puede llegar a capturar; de un inmenso Testigo abierto; de una Subjetividad Absoluta; de una Mente Espejo que es una con todas sus imágenes y las refleja a todas por igual de manera imparcial, sin esfuerzo y espontáneamente; de una Gran Mente que lo abraza todo de continuo y que está completamente aquí y ahora. Si lo describimos como Ser, no se trata de una especie de sustancia ontológica, sino de la Talidad o Esidad de todas las cosas, previa a todos los conceptos, sentimientos, pensamientos e imágenes a los que puede accederse fácilmente aquí y ahora como simple sensación de Ser. Si lo describimos en términos personales, se trata de una Divinidad que se encuentra más allá de Dios y de la Diosa y de la Inteligencia-Abismo de la que, ahora mismo, emergen todas las cosas. Es “eterna”, pero no como algo que dura mucho tiempo, sino como algo que se halla siempre presente, puesto que el Ahora atemporal carece de tiempo. (No olvidemos que Wittgenstein -el filósofo conocido por su insistencia en los hechos y en la lógica- dijo: “Si tenemos en cuenta que la eternidad no se refiere a un tiempo interminable, sino a lo atemporal, la vida eterna pertenece a quienes viven en el presente”.) La Eternidad, dicho en otras palabras, no es algo que perdure para siempre en el tiempo, sino el instante ajeno al tiempo. Y si queremos saber dónde se halla, ese momento eterno es el Ahora atemporal, el Presente puro que sostiene todo tiempo en la palma de su mano.

Existen tantas “descripciones” de ese Espíritu como olas ultravioletas del despliegue de la conciencia. Pero todas ellas coinciden en que el Espíritu -llamémoslo, más allá de todo multiculturalismo, como le llamemos- es el Fundamento y Fin de toda existencia, una Realidad infinita que existe detrás, más allá, encima y como el universo manifiesto.*

¿Existe alguna prueba de la existencia de ese Dios? Si, por supuesto que sí. Y esa prueba consiste en desarrollarse hasta las olas ultravioletas de su propia conciencia y luego *ver...* y deguste, toque, sienta, respire y díganos lo que entonces ve.

Pero lo cierto es que ese Dios no será el dios mítico, el dios del materialismo científico ni el dios del pluralismo. Esos tres dioses han fracasado en su intento de dar respuestas satisfactorias al dilema de la existencia, porque todavía no son lo suficientemente totales como para ver la imagen Global de nuestro propio Ser, de nuestro propio Devenir y de nuestro propio Despertar.

* Aclaremos ahora un punto para alumnos avanzados. ¿Cuál es la diferencia que existe, puesto que ambos parecen similares, entre la estructura de la sobremente y el estado causal? Los dos tienen acceso al Testigo, pero la sobremente es un estadio del desarrollo estructural, y no olvidemos que todo desarrollo es envolvente, o una serie de totalidades/partes u holones que trasciende, al tiempo que incluyen, todo desarrollo anterior y, en ese sentido, son inclusivos; mientras que los estados, por su parte, no son inclusivos sino, por el contrario, exclusivos (porque uno no puede, por ejemplo, estar sobrio y ebrio al mismo tiempo, ni despierto y soñando al mismo tiempo, ni en un sueño sin sueños y soñando al mismo tiempo, etcétera). Así pues, el estadio de la estructura de la sobremente es una pura conciencia testigo que también es un conocimiento y despertar unitivo que incluye (y, en consecuencia, no excluye) todos los objetos anteriores mientras siguen apareciendo; la sobremente es la capacidad de ser consciente de todas las estructuras previas, el séptimo *chakra* que opera sobre los seis *chakras* anteriores (que ahora se hallan total y completamente presentes y conscientes en forma de “operandos”) El estado causal, por su parte, es una conciencia sin objetos, la misma conciencia testigo en la que no hay ningún “objeto”, una inmensa apertura que es su propio y beatífico “operando”. Aquélla, pues, es una estructura inclusiva, mientras que éste es un estadio exclusivo. Hasta los budas siguen despertando, soñando y durmiendo, lo que evidencia que aun en el caso de los budas, los estados siguen siendo exclusivos, porque el Testigo es ahora libre de todos ellos, razón por la cual, en la sobremente, todas sus capacidades pueden verse integradas.

CONCLUSION

Los muchos rostros de Espíritu, en realidad...

El uso de la matriz OCON nos ayuda a comprender que la “espiritualidad” puede referirse a los cuadrantes, los niveles, los estados, las líneas y los tipos. Pero aunque todas esas acepciones de la espiritualidad sean igualmente válidas, deberemos especificar con claridad a cuál estamos refiriéndonos porque, de otro modo, nuestras conclusiones serán diametralmente opuestas y acabarán siendo contradictorias. No es de extrañar que la espiritualidad siga siendo el tema singular más confuso sobre el que podemos hablar.

Sin embargo, cuando empezamos a utilizar el SOI, todo comienza súbitamente a cobrar sentido, el suficiente sentido, al menos, como para despertar de la pesadilla del fundamentalismo (ámbar), del vacío depresivo de la modernidad científica (naranja) o de la tierra baldía (verde). Cuando avanzamos en dirección a las olas supramentales, transpersonales supraconscientes de la evolución, el Espíritu mismo parece sonreír, anunciando su presencia y acabando, finalmente, la enésima ronda del juego del “escondite” con su propio ser y con su propio devenir.

Existe un Espíritu en todas y cada una de las olas de la conciencia, puesto que el Espíritu es esa misma conciencia mostrándose en los distintos niveles de su propio desarrollo, la misma conciencia que duerme en los minerales, empieza a desperezarse en las plantas, se mueve en los animales, revive en los seres humanos y retorna a sí misma en el sabio despierto. Y lo más extraordinario es que todos nosotros -tanto usted como yo- estamos invitados a convertirnos en un sabio despierto.

¿Llegaremos a verlo?